

Iris, la combativa

por Lina Meruane

En un bullado caso a mediados de siglo, esta extravagante aristócrata mandó al paredón a su yerno, Roberto Barceló, por el asesinato de su hija. *Agonía de una irreverente*, de Mónica Echeverría, es la biografía de esa cronista justiciera que renegó de su clase y de la Iglesia, de la narradora que usó el nombre de Iris como seudónimo, de la que fuera esposa y madre a pesar de sí misma, de la primera feminista chilena en una época en que esa palabra aún no existía.

Apoco de decidir relatar la vida de su tía Inés, Mónica Echeverría supo que para internarse en el personaje iba a tener que meterse, literalmente, en los antiguos vestidos de su parienta, en sus estafalarias túnicas, que incluso tendría que ponerse sus collares y pulseras de abalorio. No había hilo suficiente para el costureo de esa biografía: escaseaban materiales particulares que dieran registro a la compleja personalidad de Inés Echeverría de Larraín (1868-1949), que configuraran su influencia política y social en las primeras décadas del siglo. A su sobrina le parecía demasiado obtusa la crónica oficial, con sus impecables antecedentes cronológicos, y no quedaban contemporáneos que pudieran corroborar el listado de rumores de su suculento anecdotario.

Tampoco “la familia quería entregar nada”, se queja la autora. “Intentarlo fue como estrellarse contra un muro. ‘Ojalá me muera si sacas un libro sobre esta mujer’, me dijeron. Los amigos también se resistían. Nadie quería recordarla porque eso necesariamente implicaba revivir el doloroso incidente: el asesinato de la hija de Iris, Rebeca Larraín Echeverría y



Roberto Barceló y Rebeca Larraín, en una de las últimas fotografías previas al asesinato.

el posterior fusilamiento del inculpado, su esposo, Roberto Barceló”.

En el año y medio que tomó la investigación, Mónica también se topó con el inconveniente de que ya no existían ejemplares de los 17 volúmenes que la escritora había publicado. Nada pudo rescatar de archivos privados. Nada donde viejos libreros. Pero no

todo estaba perdido: finalmente encontró tres títulos en la Biblioteca Nacional y otro par en una estantería del convento de Los Agustinos.

De su extenso diario, un centenar de cuadernos que esa adelantada entre las escritoras chilenas garabateó desde la infancia, sólo pudo recuperar las citas que la propia cronista había reutilizado en sus libros. El resto aún permanece inédito. “Está escondido, no se sabe dónde —asegura Mónica—, pese a que ella solicitó explícitamente que el diario fuera publicado”.

Justamente en el silencio sin eco que se cernía sobre esa filuda periodista, sobre la copiosa escritora, sobre la única mujer designada miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, estuvo el gancho de escritura. Porfiada como su antecesora, Mónica no escatimó esfuerzos. Consiguó el testimonio de Iris Larraín, la menor de las cuatro hijas. Logró convencer a los dos nietos huérfanos —el filósofo Joaquín Barceló, testigo del asesinato a los siete años, y su hermana Rebeca— para que hablaran de la abuela. Los demás retazos salieron de recuerdos personales, de impresiones recabadas de informantes dispersos, de textos publicados por el diario *La Nación* y algunas cartas.

“un atado de problemas”

Inés Echeverría nació una calurosa tarde de diciembre de 1868, en una casa de “pelo entero” en el entonces elegante barrio de Catedral con Balmaceda. Se dijo que la niña había salido “maldita” porque tras las dificultades del parto, su joven madre la rechazó y no volvió a verla. Inés Bello murió de sepsia pocos días después de dar a luz.

Las contrariedades de ese maldito rumor nunca fueron una carga para ella. Como a toda jovencita aristócrata, a Inés le ocultaban las verdades tristes para llenarle los oídos con alcurnia, apellidos y recato, y el día a día con una educación católica y conservadora. Su tía soltera Dolores Echeverría, a quien llamó “mamita Lolo”, se hizo cargo de su educación moral y la preparó en el catecismo para su primera comunión. Las lecciones humanistas eran impartidas por institutrices privadas, una francesa y la otra inglesa. Sólo a las labores, necesarias para “conquistar marido”, se resistió la joven: “Trataron de enseñarme a tocar piano y a cantar arias, pero fue inútil; de costuras, *petit points* y otras insulseces de ese estilo no quise saber nada”.

Y es que la muchacha ya había descubierto cierta inclinación por lo intelectual y quizás por eso solía insistir en su parentesco con Andrés Bello. Pero de nada le serviría buscar semejanzas con el ponderado estilo del jurisconsulto. Inés pronto revelaría un impresionante parecido con su abuela materna, la brillante y deslenguada Rosario, considerada mujer “de vida disipada e ideas liberales reñidas con las buenas costumbres”.

El verdadero y apasionado descubrimiento de las letras ocurrió durante una estada en París. Aprovechando mientras sus primas visitaban modistos, grandes almacenes y confiterías, a la hora del té, Inés recorrió lugares históricos, los museos y tomó clases de literatura con madame Dubois, quien le señaló su destreza narrativa. “Me ha dicho”, le contó Inés a su padre en una carta, “que tengo talento y si me esfuer-

zo seré escritora. ¿Será esa mi vocación?”.

Pero entonces las mujeres no debían hacerse esa pregunta. Sólo había una vocación posible, la matrimonial. Al volver de Francia, debía encontrar marido y dejar de fantasear con el cuerpo de Lucifer, el demonio. “Ella estaba como enamorada de este Lucifer”, explicita Mónica, “se masturbaba con él. Lo insinúa en varios libros, no lo dice explícitamente. Pero Satanás representaba lo prohibido y ella estaba todo el tiempo queriendo conocer lo prohibido”.

No es que le faltaran pretendientes, pero había en ella cierta atracción por lo más extravagante, por todo aquello que significara ir contra la corriente de su clase. Finalmente, tomó la decisión por escrito: firmó en su diario una tarde, a los 22 años, que ésa sería “la última noche que pasaría con Lucifer”. Liberada de ese “compromiso” con el señor del pecado, se dejó seducir por la “facha de gran caballero chapado a la



Mónica Echeverría vestida con uno de los viejos vestidos de su tía Inés.

antigua...” del aristocrático capitán de Ejército Joaquín Larraín.

Se casaron en 1902. “Joven, usted se lleva un atado de problemas”, le advirtió el padre de Inés a Joaquín en vez de bendecirlo a la salida de la iglesia. Años después, aún enamorado aunque ya no tan inocente, él comprendería las palabras de su suegro. Inés, quien demasiado pronto había percibido los inconvenientes de ese contrato, no dejaba de “despotricar” contra el matrimonio ni de burlarse del padre de sus hijas, Inés, Rebeca, Luz e Iris, a quienes nunca

trató con cariño maternal.

“El amor de esposa abnegada me parece ridículo”, diría Inés, ya vieja, en una entrevista. “No conozco, desgraciadamente, el amor de hija, y no he sentido el amor de madre. He sufrido, y me esfuerzo por ligarme a ellas con toda mi alma, pero siempre se me ha esfumado ese propósito, como todo lo ficticio”.

“Era el ser más antimaternal que yo he conocido”, asegura su sobrina escritora. “Nunca sintió la necesidad de proteger o besar a ninguna de ellas. Incluso Iris, la más regalona, se queja de que era tan mala madre. Era una mujer muy emocional, muy pasional... pero estaba más preocupada de otros asuntos y negó la maternidad. No es que fuera lesbiana o que no le gustara el amor físico. Todo lo contrario...”.

“ahora soy Iris”

A los 38 años, cumplidas las apremiantes pero odiosas labores del hogar, Inés Echeverría decidió que era hora de empezar a vivir como a ella le parecía. “Antes era un títere movido por hilos invisibles, producto de mi origen y educación”, escribió en uno de sus libros, citando su diario inédito. “Ahora soy Iris”.

El siglo recién comenzaba. El Chile de entonces había vencido en la guerra del Pacífico, contaba con la riqueza del oro blanco y estaba próximo a celebrar el centenario de su Independencia. La Alameda ya estaba eléctricamente enarbolada, los terrenos aledaños al río habían sido canalizados y se construía el Parque Forestal, un jardín afrancesado que pondría verde a la fastuosa Estación Mapocho antes de su inauguración, en 1910.

El régimen “democrático” —que sólo toleraba la votación de una minoría letrada, es decir, masculina y de clase alta— había instaurado la oligarquía en el gobierno. Se respiraban aires de progreso económico y de satisfacción...

Inés se sentía ajena a tanta exaltación: examinaba con el ceño fruncido el contenido de los discursos oficiales, los protocolos de tanta inauguración y primera piedra, el engaño de tanto fuego artificial, y se preguntaba por los verdaderos logros alcanzados durante el siglo para “el desarrollo y bienestar de todos los habitantes del país”.

En esa mirada escéptica había encontrado otros ojos, otras voces, una tropa de estilógrafas irreverentes que unían filas en tertulias literarias a las que asistían políticos e intelectuales, sin distinción de clase ni género. En esas reuniones estaban los tres hombres que, según Mónica Echeverría, fueron sus amantes: Eliodoro Yáñez, director del diario *La Nación*, Arturo Alessandri, entonces futuro presidente de la República, y Fernando Santiván; sus amigos, el crítico Hernán Díaz Arrieta (Alone), los escritores Augusto D’Halmar, Luis Orrego Luco, Manuel Magallanes Moure, Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre; y renombradas escritoras de la época, como Mariana Cox (Shade) y Teresa Prats.

Aquellas apasionadas discusiones políticas y literarias sirvieron de estímulo para Iris, la cronista. Pronto comenzaron a aparecer libros también firmados por la “mensajera de los dioses”, siguiendo una absurda e inoperante (aunque convencional) práctica de ocultación en circuitos literarios donde escritores

“El amor de esposa abnegada me parece ridículo”, diría Inés, ya vieja, en una entrevista. “No conozco, desgraciadamente, el amor de hija, y no he sentido el amor de madre. He sufrido, y me esfuerzo por ligarme a ellas con toda mi alma, pero siempre se me ha esfumado ese propósito, como todo lo ficticio”.



Sueñum^{MR}

Para dormir de noche, y despertar de día.



VENTA EN FARMACIAS.

y lectores eran capaces de reconocer autorías por sobre seudónimos.

“Me temo que a la Inesita se le pasó la mano”, dijo su marido cuando aparecieron las novelas *Hojas caídas* e *Hipocresía social*, junto con las críticas, las amenazas de excomunión, el rechazo familiar. Pero los Larraín Echeverría habían partido a Alemania acompañando a Joaquín en una destinación diplomática. Y ya para entonces, hacía mucho que Iris había levado el ancla frente a las convenciones.

verno al paredón

Inés-Iris parecía haber perdido los miedos y de vuelta en Santiago, años después, continuó sus ataques. Contra la Iglesia Católica tan llena de reglas, porque consideraba que no la había dejado ser persona, que la había forzado a buscar, junto a Gabriela Mistral, la mística en otras religiones, en la teosofía. Contra autoridades, que consideraba despóticas. Contra cuanto hombre se opusiera a la organización del Club de Señoras que ella dirigió. Pero lo que parecía coherente en su política pública no lo era tanto en la privacidad.

La periodista de pluma ágil y sarcástica, la atrevida novelista, la precursora del feminismo había “destrozado” a las mujeres de su propia casa. Mónica Echeverría asegura que su tía fue especialmente dura con Rebeca, la segunda hija, que era menos graciosa, más tímida, menos intelectual que las otras tres. La humilló durante la adolescencia haciéndola sentir mínima, despreciable. Y con ese aprendizaje a cuestas, a nadie sorprendió que Rebeca asegurara en 1921, cuando decidió casarse con el aristocrático mujeriego Roberto Barceló Lira, que prefería ser infeliz con el hombre que amaba, a ser feliz con cualquier otro.

Así dispuesta, Rebeca fue incapaz de buscar ayuda cuando la relación conyugal entró en crisis. Su madre mantuvo distancia, una actitud indiferente hacia su hija cuando los maltratos se hicieron evidentes. La joven no encontró salida y “se dejó asesinar, en 1933, por su marido en una especie de acto de inmolación”, explica la cronista. “Ella se sintió responsable de esa muerte. Y ese es uno de los aspectos interesantes del personaje... Buscar castigo para su yerno era una manera de lavarse la frente”, señala Mónica.

Inés escribió una serie de artículos e incluso publicó el libro *Por él*, donde relataba el asesinato de su hija que había sido presenciado por Joaquín, el hijo mayor de la pareja. Además buscó un pretexto intelectual que le permitiera justificar su venganza durante los dos años y medio que duró el juicio del bullado caso.

La autora de *Agonía de una irreverente* reproduce el diálogo con los periodistas: “Cuando le decían ‘cómo es que usted, que era contraria a la pena de muerte, anda ahora pidiéndola por

todos lados’, ella decía, ‘yo estoy luchando por la justicia, porque no la habrá mientras condenen a los pobres que no tienen cómo defenderse y no condenen a los ricos. Si existe la pena de muerte, tiene que aplicarse a todos’.

Con ese argumento y, según rumores, también con una pistola cargada, Inés convenció al presidente Arturo Alessandri para que no escuchara a quienes buscaban atenuantes para Barceló en la alterada condición síquica del asesino, para que no firmara el indulto que lo salvaría del fusilamiento. Y así, Barceló Lira se convirtió en el primer y único aristócrata al que se le ha aplicado la pena máxima en Chile.

Inés-Iris había ganado la contienda, pero el costo de la sentencia repercutió sobre la familia, ya dividida entre



Félix Echeverría e Inés Bello, padres de la irreverente.

quienes apoyaban a Iris y quienes no. La decisión marcaría un quiebre dentro de la aristocracia, una distancia irreconciliable entre aquellas dos familias de alcurnia, apellidos y honra, y un dolor ciego en los niños huérfanos, que después de la tragedia debieron crecer escuchando a la poco cariñosa abuela Inés difamar a su padre.

Y es que la fuerza de esa mujer carecía de matices, de afectos. “Yo la encuentro atroz como ser humano”, asegura la autora de su biografía. “Mi tía carecía de toda esa ternura, de ese aceptar a todo el mundo. Es drástica, cruel, racista y contradictoria. Su vida está llena de paradojas y políticamente es un enredo, pasa de izquierdas a derechas sin lógica ninguna. Pero admiro su valentía, lo luchadora que fue. Defendió todas las causas de las mujeres y sus derechos. Tenía una inteligencia natural increíble pero sin razonamiento, armada de pasión. Me atrae lo complejo de su personalidad. Lo notable es que quienes la conocieron coinciden en que a Inés sólo se la podía odiar o amar. No hubo términos medios con ella”. ■